

dores la ciencia de la historia patria en México: estoy frente á Orozco y Berra. Hé aquí el Herodoto, el Tito Livio, el Mariana de México; hé aquí el Alejandro de las grandes conquistas en la inmensidad turbulenta de nuestros anales; el Moltke que libró la pujante y maravillosa campaña para destruir sombras, vencer dudas seculares y conquistar, con invencible acero las regias ciudades de la verdad.

Que los que escriben un libro se consagren á discutir si este sol nació en Puebla ó en México; que ellos tracen su aurora esplendente en el periodismo, en la política, en las bellas letras; que ellos examinen al poeta, al abogado, al ingeniero, al Ministro de Estado, al erudito de memoria asombrosa; que ellos describan al admirable cultivador de las ciencias matemáticas: al geógrafo, al catedrático, al autor siempre eminente, siempre aplaudido con admiración febril, de artículos, prólogos, estudios incontables esparcidos en periódicos, libros, revistas; al autor de memorias del Ministerio de Fomento; al colaborador más ilustre del Diccionario Universal de Historia y Geografía; al autor de «México y sus alrededores,» de la «Memoria para la carta hidrográfica del Valle de México,» de la «Memoria para el plano de la ciudad de México,» de los «Materiales para una cartografía mexicana,» y de la «Historia de la Geografía en México,» que esos geógrafos, mil veces más competentes que yo y mucho más tranquilos en su faena, recorran pausadamente esa catedral de sabiduría, esa selva inescrutable de erudición, y midan, si pueden, la fuerza impulsora de ese Niágara de la ciencia. Yo sólo puedo, en el minuto que me resta, evocar aquí el recuerdo de dos monumentos no sólo de la ciencia mexicana, sino también de la universal: «La Geografía de las lenguas y Carta etnográfica de México,» y, sobre todo, «Historia Antigua y de la Conquista de México,» obra admirable que la primera Administración del Sr. Gral. Díaz, tuvo la gloria de mandar imprimir por cuenta del Tesoro Nacional. Comprenderéis, señores, mi temor al tocar el asunto de ese gran libro, cuando, habiendo convocado esta Sociedad á los hombres de saber, mediante premio honrosísimo y lucrativo, para que le presentaran juicios críticos de las obras de Orozco y Berra, en más de un año que lleva de expedida la convocatoria, ni un solo trabajo se ha remitido; ¡tan formidable así es para la crítica la tarea de penetrar en las profundidades de esos escritos! No lo intentaré yo, ciertamente; mas obligado por el plan mismo de esta breve reseña, me limitaré á lanzar una mirada sobre la superficie brillante de esa obra inmortal.

Un sabio académico ha dicho que ella es la última palabra sobre la historia de México; no me atreveré á decir otro tanto.



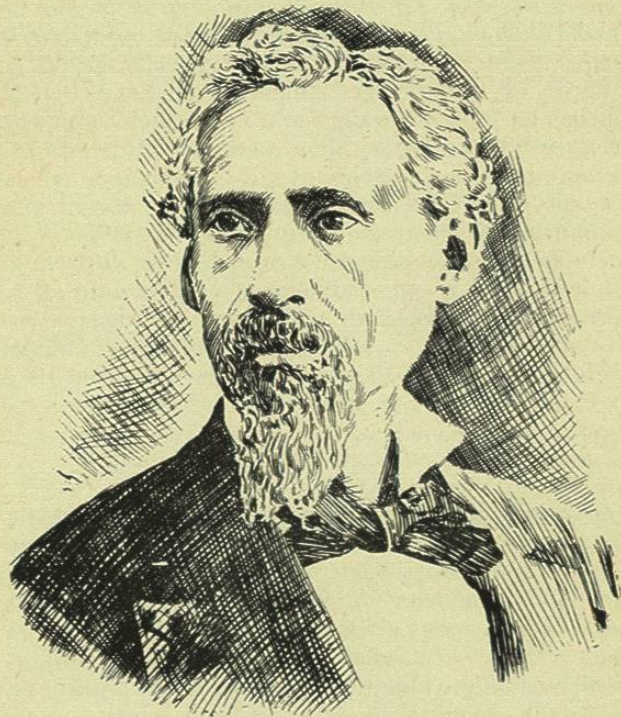
Sr. Orozco y Berra,

Vicepresidente de la Sociedad en 1871, 1876 y 1880.

porque este siglo prodigioso, se ha encargado de persuadir al mundo de que en materia de ciencia no hay ULTIMAS PALABRAS; pero sí afirmo, con el consentimiento unánime de todos los eruditos, que en este momento la obra de Orozco y Berra se halla al frente de cuanto se ha escrito hasta el día, dentro y fuera del país, sobre historia de México. Cábele á nuestra patria la gloria singular de que su mejor historia es obra de un hijo suyo; y digo singular, porque en los otros ramos del saber humano, ha sucedido, por desgracia, que nuestra es la materia prima y extraño el obrero; mas en punto á historia no ha sucedido así, y Orozco y Berra es el primer mexicanista del mundo. Menos atildado y limpio en el estilo que García Icazbalceta, le iguala como investigador de documentos y le supera en la crítica y en la erudición. Porque es preciso notar particularmente que el tesoro, el diamante en este riquísimo arcón que se llama la historia de Orozco y Berra, es la profundidad y acierto de juicio y la serenísima imparcialidad que lo informa. Filósofo como Clavijero, el más filósofo de nuestros historiadores antiguos dentro de la época colonial, le supera en el plan y en el método. El primero es más vasto y más completo; el segundo más científico; sobre todo, en la parte referente á la teogonía de los «mexi.» Distínguese Orozco y Berra por una cualidad que le envidiarán eternamente todos los historiadores: la de estar como blindado contra la ilusión y el prejuicio. En efecto, jamás acepta nada fantástico ni se deja fascinar por el prurito del descubrimiento, ni por las perspectivas seductoras, ni hace intervenir su propia individualidad en la controversia científica, ni en sus fallos. Juzga sin dar oído á sus propios deseos sobre lo que apetecería que fuese conforme á sus ideales personales. Y después de estudiar su Historia, el lector nada sabe respecto de sus opiniones religiosas y políticas, ni si el historiador abrigó simpatías ó antipatías respecto de la raza conquistada ó la conquistadora. La personalidad del autor aparece totalmente en blanco. Una sinceridad estoica es la atmósfera de su libro. Hay en éste un alma activísima que alienta y enardece al lector; pero esa alma es la ciencia, la lógica, la armonía de los hechos. De aquí que Orozco y Berra superara con mucho á Prescott, que incurrió en ilusiones, y aventajara á Brasseur de Bourbourg, á quien respeto como se respeta á un gran sabio, pero en quien no es posible desconocer ciertos espejismos en que la fantasía domina la historia. Digno de veneración es Veitia, y lo es también León de Gama, escritor sapientísimo y originalísimo; pero nuestro Orozco, que acepta frecuentemente al primero y se ajusta por completo al segundo en toda la parte cronológica y arqueológica, sobresale con mucho á ambos, por la extensión

de las nociones, por la integridad de su obra, por la armonía del conjunto. Veitia incurrió en errores, quizá por seguir á Borturini, de los que Orozco se halla exento. Y en cuanto á León de Gama, lo juzgamos como el predecesor de Orozco y Berra; mas la ninguna protección que se dispensara en sus días á los que estudiaban nuestra Historia antigua, por una parte, y el terrible desengaño que causaran al erudito arqueólogo los ataques de D. Antonio Alzate, por otra, hicieron que quedaran sin publicarse los sin duda admirables escritos de aquel maestro, que conocemos tan sólo por su excelente «interpretación de las dos piedras.» No sabemos cuál resultaría el paralelo entre Orozco y Gama, si todos los escritos de éste se hubieran publicado; tenemos la certeza de que el México sabio sufrió, con la pérdida de ellos, el naufragio de un gran bajel, cargado de inapreciables riquezas; mas juzgando sólo por lo que salió á la luz pública, resulta que la obra de Orozco, tan científica como la de Gama, es inmensamente más completa y armoniosa. Otro tanto decimos del insigne Sigüenza y Góngora, cuyos escritos, que menciona en el prólogo del «Paraíso Occidental,» corrieron idéntica suerte que los de León de Gama, por obra de la indolencia de los tiempos.

Orozco, tan estudioso como el célebre Herrera, el cronista Real, le es superior en el análisis, en el método científico, en la imparcialidad y en el examen de toda la parte mitológica. En cuanto á los escritores de ayer, el Sr. D. Fernando Ramírez, eminente gloria nacional, protector científico, y hasta pudiéramos decir, maestro del Sr. Orozco, escribió mucho y muy excelente; trabajó á maravilla en la recolección de documentos mexicanos, dentro y fuera del país; hizo dar gigantesco pasos á la ciencia de la interpretación de geroglíficos; no fué un colector mecánico y afortunado, sino que analizó, con acierto admirable, cuanto adquirió en los museos, los archivos y las bibliotecas. Y fué un obrero colosal en la reconstrucción de nuestra Historia antigua, un positivo é inextinguible faro en el tenebroso océano de ella; pero no llegó á presentar una obra compacta de historia. Su ciencia se esparció en multitud de artículos, disertaciones, dictámenes, como un gran río al desbordarse sobre inmensa llanura bifúrcase en numerosos y brillantes riachuelos. Orozco dió cima á la empresa de esa obra que no llegó á escribir Ramírez, salvando así para la ciencia los conocimientos de éste, que en infinidad de casos le comunicó las propias investigaciones, y cuanto de exacto y de científico se había atesorado hasta ese momento. Sin duda que toda obra de hombre, por ley inexorable de la constitución humana, presenta algún defecto; sin duda, por tanto, que la obra de este insigne



Lic. Ignacio Ramírez,

Vicepresidente de la Sociedad en los años de 1872 á 1875.

historiador habrá de adolecer de algunos; pero hasta hoy nadie ha podido señalarlos; hállanla inexpugnable los grandes americanistas del Viejo y del Nuevo Mundo; y desde que ella salió á luz, tienen cuantos escriben de nuestra antigüedad, como estrella polar, el imperecedero libro de Orozco.

Cuando nuestras borrascas políticas arrojaron á este grande hombre, solo en el esquiife de su sabiduría á las umbrosas playas del ostracismo social, esta Corporación tuvo la dicha de llamarlo á su seno, y de elevarle al más honroso de sus escaños. Aquí recibió el abrigo de familia y el estímulo de Academia, que tanta falta hacían á su alma generosa; aquí la decepción, que es el cáncer de los sabios, halló antídoto poderoso; y mientras aquí se le amparaba con la fraternidad y la admiración, vos, señor Presidente, tuvisteis la gloria de tender una mano paternal al proscrito; la gloria de sacar del obscuro armario esos manuscritos, próximos ya á ser pasto de roedores, y mandarlos á las prensas bajo los auspicios de la Nación, dotando así á la patria con su mejor libro, y á la ciencia universal con una estrella de magnitud admirable.

En 1881 el reputadísimo maestro bajó al sepulcro, después de haber presidido la Sociedad en 1871, 1876 y 1880.

o
o

En 1872 lo substituyó por cuatro años en la vicepresidencia el Sr. D. Ignacio Ramírez, que fué conocido en el periodismo y las letras con el pseudónimo de «El Nigromante.»

Este batallador extraordinario, de raza pura indígena, que nació en San Miguel el Grande el 23 de Junio de 1818, comenzó su carrera de Abogado en Querétaro y la continuó y terminó en el Colegio de San Gregorio de esta capital. Aun antes de recibir el título de Licenciado en Derecho, inauguró ese combate que formara su vida, y que lo hizo famoso con especialidad en el periodismo y la política, teatros ambos de las nuevas ideas, que provocaron tremendas batallas de todo género. Imposible fuera para estudio tan rápido como el que os presento, seguir paso á paso la vertiginosa y prolongada carrera de Ramírez á través del publicismo, las letras, la política y la ciencia, desde que estudiante aún ingresó en la Academia de San Juan de Letrán, hasta su muerte acaecida el 17 de Julio de 1879. Mas por lo que hace á su gestión como vicepresidente de esta Sociedad, juzgo á propósito reproducir aquí lo que dice uno de sus más ardientes y autorizados biógrafos:

«Muy de cerca nos fué dado conocer á Ramírez, pues tuvimos la fortuna de sentarnos á su lado, como miembros unas

veces y como Secretarios otras, de las Sociedades científicas y literarias que él presidió con frecuencia, como la de Geografía y Estadística, y el Liceo Hidalgo. Oímos su voz fascinadora, cuando inspirado por su ardentísimo amor á las letras, arrebató al auditorio y lo tenía suspenso de sus labios. En aquellos momentos parecía que su rostro se transfiguraba, y su acento llegaba al oído como música deliciosa.»

«Noches de imborrable recuerdo serán para nosotros aquellas en que en la modesta y débilmente alumbrada sala de sesiones del Liceo Hidalgo, Ramírez esgrimía todo género de armas, conteniendo en materias de alta Literatura con Pimentel, con Riva Palacio, con Prieto, y con cuantos se aprestaban á aquellas lides del talento y de la sabiduría.»

«Noches también inolvidables, las que á su lado pasamos en las sesiones semanales de la Sociedad de Geografía y Estadística, cuando con lucidez asombrosa, con erudición extraordinaria, con novedad inaudita, abordaba los más oscuros y difíciles problemas de las ciencias, y se revelaba antropologista y filólogo, historiador y filósofo.»

«La facilidad de comprensión era en Ramírez tan extrema, que apenas comenzaba alguno á exponer sus teorías, él, como que adivinaba los fundamentos en que habían de basarse, y en tropel acudían á su cerebro las ideas propias para apoyarlas ó rebatirlas. ¡Lástima grande que muchas veces, en el calor de una discusión de todo punto seria, Ramírez mezclase alguna frase satírica, incisiva, que venía á desconcertar no sólo al contrincante, sino á su auditorio mismo! No necesitaba, en verdad, de aquel recurso para salir vencedor en la contienda, que de sobradas armas dispone quien tiene inteligencia clarísima y ha hecho inagotable acopio de ciencia en constantes y profundos estudios.»

Hasta aquí el biógrafo citado, cuya opinión abandono al dictamen de los que trataron al Sr. Ramírez, le oyeron discutir, y pueden por lo tanto juzgar de la exactitud de esos conceptos.

°°

El último de nuestros vicepresidentes muertos, el que consagró tan empeñosos afanes al lustre de esta Sociedad, fué el Sr. D. Ignacio Altamirano, indígena como Ramírez, de raza pura, su discípulo y su más caluroso panegirista. Rigió los destinos de esta Corporación desde 1881, hasta el 17 de Agosto de 1889.

Hijo Altamirano del Estado de Guerrero, donde nació en el pueblo de Tixtla el 13 de Noviembre de 1834, la vida de ambos literatos presenta semejanza asombrosa. Adviértese en ellos cierta constitución moral que revela evidentes relaciones étni-



Lic. Ignacio M. Altamirano,
Vicepresidente de la Sociedad de 1881 al 17
de Agosto de 1889.

cas, á extremo de que apenas puede establecerse diferencia substancial. Una de ellas consiste, sin duda, en que mientras dominaba en Ramírez el genio satírico, en Altamirano sobresalía el poético y el heroico. Discutido cuanto lo son siempre los grandes luchadores, al autor de las "Noches de Navidad," una cosa es reconocida universalmente: la magnitud de su talento.

Había en su constitución psíquica dos facultades de inmensa transcendencia en el cultivo de las ciencias y de la literatura: la percepción, tan rápida como profunda, y una memoria en verdad asombrosa. Altamirano, al recorrer un libro, no leía: grababa, troquelaba en su espíritu cuanto iba pasando por sus ojos. Consideran algunos que la memoria no es una faz del talento; mas sin entrar aquí en controversia impertinente, recordaré las profundas palabras de Cicerón con referencia á esa facultad preciosa. Él la llamaba "custos animi," guardián de la inteligencia; por eso los grandes oradores han sido á la vez grandes memoristas; así lo fué aquel eminente maestro latino, así lo fué Demóstenes, así lo reconoce Castelar de sí mismo, y así coincidieron en Altamirano la grandeza de su memoria y la brillantez de su tribuna.

¿Qué legó Altamirano á la posteridad? Su obra se dividió en política y literaria. Consta la primera de algunos discursos y multitud de artículos de que están llenos los periódicos de su época; consta la segunda de sus novelas y sus versos. De éstos los más notables son los descriptivos y los místicos, á pesar de las ideas racionalistas del autor. Su poesía al Divino Nazareno, lo hizo pasar allende los mares por poeta religioso. ¿Qué misterio encierra tamaña paradoja? Parece difícil descifrarlo, señores. Cristiano en su juventud, y cristiano fervoroso, como él refería, conservó siempre una admiración fervorosa por el Crucificado, algo como el perfume de sus creencias juveniles, á manera que el vaso de que se arroja una esencia guarda el aroma de que fuera impregnado. Sea como fuera, en sus versos místicos, lo mismo que en los profanos, y en sus leyendas que respiran el genio de la América, luce como prendas más altas la corrección del estilo, la nitidez gramatical, el corte clásico, la forma artística que le valiera el título de "Maestro." Afanosísimo en la instrucción de la juventud, formó una generación literaria, agrupada hoy en la asociación que lleva su nombre. Cuando designado para Cónsul general de México, sucesivamente en dos naciones del Viejo Mundo, marchó á Europa que tanto había soñado, los grandes escritores de España y de Francia lo recibieron como un colega ilustre y le colmaron de honores, hasta haberle sentado en el sillón presidencial del Congreso de Americanistas celebrado en París.

Aquellas fueron sus últimas glorias: poco después exhalaba el postrer aliento, bajo el cielo de Italia, en las floridas playas de San Remo, el 13 de Febrero de 1893.

°°

Para terminar, permitidme que al menos evoque los nombres de los demás vicepresidentes, cuya vida la angustia del tiempo no me ha permitido reseñar; y sea esto como un saludo cariñoso y solemne, que dirigimos á los benefactores de esta Sociedad, Sres. General D. Juan N. Almonte, que la gobernó en 1848, 1850 y 1853; General D. Lino Alcorta, en 1851; General D. Ignacio Mora y Villamil, de 1854 á 1857; D. Miguel Lerdo de Tejada, en 1861; Lic. Urbano Fonseca, de 1863 á 1866, y D. José Ignacio Durán, en 1867.

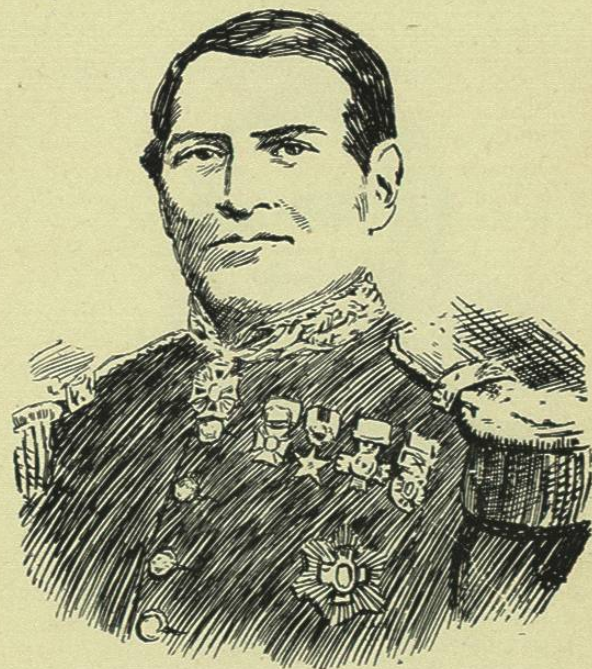
°°

Rige actualmente los destinos de la Sociedad, uno de los hombres más estimados en el Foro y las Academias de México, el Sr. Lic. D. Félix Romero. Son tantas las biografías publicadas ya de tan distinguido jurisconsulto y literato, que á pesar de nuestros esfuerzos no hemos podido hallar más datos en lo referente á su juventud, su vida política y administrativa. Tenemos, pues, en ese respecto, que limitarnos á reproducir, y elegimos para ello uno de los trabajos más concienzudos, el escrito por el Sr. D. Lázaro Pavía en su obra biográfica sobre los miembros prominentes del Poder Judicial de la República.

Dice así:

«Creemos de nuestro deber comenzar la presente obra con la biografía de un hombre distinguido, que elevado hoy por sus merecimientos á la Presidencia de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, es uno de los miembros más prominentes del gran partido nacional liberal, siendo también una verdadera ilustración en el vasto campo de las letras. Nos referimos al ilustre hombre de Estado nacido en Oaxaca, al Sr. Lic. Félix Romero.

Por demás está referir los brillantes estudios preparatorios que hizo en su juventud, que le valieron la suprema calificación en todos sus exámenes y ser el primero entre sus condiscípulos; pero en cambio, debemos señalar como un hecho importante, en el cual se reveló desde entonces, al joven extraño á rancias preocupaciones, arraigadas todavía en aquella época, que sintiéndose en una atmósfera extraña en el Seminario Conciliar de la ciudad de Oaxaca, en donde había comenzado



Gral. Don Juan N. Almonte,

Vicepresidente de la Sociedad de 1848 á 1850 y en 1853.



Gral. José Lino Alcorta
Vicepresidente de la Sociedad en el año de 1851.